

religiosa en la Villa de Guadalupe y después imponer una contribución extraordinaria para saquear a la ciudad.

Como no había ni un céntimo en las cajas, se pensó en la toma de Veracruz, se organizó el ejército y salió la expedición, rumbo a la ciudad ocupada por los prohombres de la Reforma.

CAPITULO XVI

GUERRILLEROS

I

Una de las más simpáticas figuras en el vasto campo de los guerrilleros, era Aureliano Rivera, joven humilde, valeroso en extremo, audaz y de un gran golpe de vista para las combinaciones rápidas y para los movimientos inesperados.

Era el guerrillero más atrevido que merodeaba en el Valle de México.

Tenía acosada a la ciudad y pueblos del derredor.

Robles Pezuela quiso hacer una demostración de táctica, y con una fuerte división salió de México, en persecución de Aureliano.

Ir con miles de hombres a perseguir una guerrilla, es el absurdo más grande condenado por la estrategia.

Dividió sus columnas, señalando un punto de reunión, y avanzó sobre las tremendas montañas de Ajusco.

Aureliano dividió a su vez su fuerza, y comenzó a hostilizar al enemigo en todos los desfiladeros, desde la altura de las montañas, en los recodos, en las barrancas, en la espesura del monte, sin que el enemigo pudiera hacer nada, sino caminar, y subir y bajar, recogiendo sus heridos, y mandándolos a Tlalpan, con muchas dificultades.

Por supuesto, que no se reunieron las fuerzas de Robles en el punto designado, sino que retrocedieron como mejor pudieron, regresando a la capital, en un estado lastimoso, y Robles Pezuela con el ridículo más grande que puede pesar sobre un general.

En la noche ya estaba Aureliano tiroteando las garitas de México.

Este bravo campeón de la libertad, no abandonó el Valle de México ni un solo día, y tanto por su honradez, como por su sagacidad y valor, llegó a despertar las simpatías de la capital.

Antonio Carabajal era otro gran guerrillero; pero estaba muy distante de los buenos sentimientos de Aureliano; vengativo, sanguinario, se imponía sobre sus turbas, con la fuerza del revólver; para él, la vida humana no entraba en sus cálculos.

Vivo y desconfiado, sus golpes eran certeros, y sus aventuras sangrientas.

Tenía en jaque a todo el rumbo de Puebla, y recorría las poblaciones de los Estados de Puebla y Tlaxcala, haciéndose terrible por sus instintos perversos.

Su gente se componía de los bandidos más afamados de la Malinche, aunque se habían unido a él jefes liberales y jóvenes decentes, que acudían con entusiasmo a la revolución.

Carabajal tenía organizada una brigada.

Carabajal fué el que después del triunfo de la Constitución, le cortó la cabeza al español Marcelino Cobos, coronel de los reaccionarios, y la envió en un costal a México, para comprobar la muerte de aquel hombre tan funesto para la República.

II

Pululaban las guerrillas en todo el país, prestando el gran servicio, de tener divididas y en continua alarma a las fuerzas enemigas.

Los préstamos estaban a la orden del día, y era tal el temor que infundían, que de la capital salía el dinero para las guerrillas.

Eran como un mosquero que revolotea en torno de los lagartos, que se asolean en las arenas de la costa.

En conjunto, aquella situación no podía dominarse por los reaccionarios, y eso sin contar con las juntas revolucionarias, que ponían en conocimiento de los liberales todos los movimientos y planes de los «mochos».

Los espías, hombres y mujeres, estaban en todas las casas. No podía haber secreto: todo se le revelaba a la revolución.

La prensa anónima atizaba el fuego, y la nación estaba incendiada.

El español José María Cobos, que plagió en el Platanillo a Miguel Buenrostro, salvado de sus garras por un rescate de ocho mil pesos, estaba en Oaxaca, y allí ejercía crueldades sin nombre.

Persiguió a la esposa del señor Juárez y a la madre de don Matías Romero, nuestro ministro hoy en Washington.

A la esposa del señor Ruiz, padre de Emeterio Ruiz, hoy diputado a la Unión, le mandó cortar las trenzas, por haberle sorprendido una carta en que pedía recursos a su esposo, que estaba en la revolución.

Infamias de esta naturaleza, unidas a crímenes sin nombre, formaban la hoja de servicios del plagiario, que después fué fusilado por Cheno Cortina, el fronterizo.

En todos los puntos ocupados por la reacción, tenían lugar escenas semejantes.

Se procedía contra las señoras y se las encarcelaba sin

compasión, obligándolas a abandonar a sus hijos. Todas eran venganzas y ruindades; el final no debía ser más que la catástrofe.

La revolución rugía como una fiera y ansiaba la venganza de los vivos y de los muertos.

III

Volvamos a los amigos inseparables, que estaban en Morelia, donde iban a desarrollarse sucesos trascendentales.

«Hambre-viva» estaba enamorado.

Esta era una gran noticia.

—Invito a ustedes—decía a sus compañeros—, para una cena.

—¿Te has habilitado?

—No, pero los voy a llevar a la casa de mi novia.

Doña Rufina era una señora del principio del siglo; gruesa, muy gruesa; nariz respingada, boca grande; pero con dientes amarillentos en contradanza.

El cabello en ondas sobre la frente; los ojos que no debían haber sido malos, y un lunar sobre el labio, con unos pelos parados como los de un escobillón.

Doña Rufina usaba aretes con brillantes montados en plata y que le colgaban hasta los hombros, unos hilos de perlas pequeñas y de poco brillo, sortijas que se llamaban «tumbagones» y en el pecho un relicario con cristal convexo, donde guardaba un rizo engomado de un escribano público.

La señora doña Rufina había tenido entre sus resbalones uno que hacía época en su historia.

Había entablado relaciones con un notario a quien mantuvo durante catorce años, porque el hombre era un perezoso de primera fuerza, y la señora era una hacendada muy rica.

El rizo que llevaba al pecho se le había erizado al escribano cuando hacía testamentos o protestaba libranzas; debía haberlo puesto en la carátula de su protocolo.

Una noche cenó el notario más de lo regular, y reventó.

La señora lloró sobre el intestado; pero su pecho, que era muy voluminoso, se abrió a nuevas pasiones.

Ningún joven de Morelia tuvo el valor heroico de decirle una palabra.

«Hambre-viva» emprendió la conquista.

Se ponía bajo su ventana con una guitarra, y le cantaba «La Elvira» y la canción de «Dime, mi bien, si me has abandonado».

La señora asomaba por la rendija un ojo como globo de quinqué, y veía al trovador.

Por fin, el amante se decidió, y doña Rufina, fingiendo un gran rubor, le dió el sí anhelado, y aquellas dos almas se comprendieron: la una quería «amor» y la otra «dinero».

«Hambre-viva» fué el ídolo, y la señora doña Rufina otro ídolo más grande todavía.

«Hambre-viva» llevó a sus amigos a cenar a la casa.

Entró aquella cuadrilla y a la cabeza «Juan Gallinazo».

—Estos son mis amigos, Rufina—dijo «Hambre-viva».

—A la orden de usted, respetable señora—dijeron los cuatro.

Lo de «respetable», no fué muy del agrado de la señora, que ya estaba vestida de punta en blanco.

—Siéntense ustedes; ya sabrán a qué vienen.

—A cenar—dijo «Juan Gallinazo».

—Eso será después; primero la ceremonia.

—¿Qué ceremonia?

—¿Nada les ha dicho éste?

—No, señora; nada.

—Pues esta noche nos presentamos para el matrimonio.

—¿Qué dice usted, señora?—dijo Manuel.

—Pues lo que oyen ustedes—dijo «Hambre-viva»—, que nos presentamos y nos casamos; ya Rufina puso la casa.

—Y tendrá que ponerlo todo—dijo Pedro por lo bajo.

—¡Por fin, me he decidido a la coyunda!—exclamó la jamaona.

—Ya lo ha pensado usted mucho tiempo—dijo «Juan Gallinazo».

—Soy joven, pero estoy decidida; no sé qué tiene ese hombre, que me cautiva.

—Sí, sí; éste tiene muchas cosas—dijo Manuel.

—Esperamos al señor cura, que ya debía estar aquí; pero ustedes saben, que estos señores...

—Sí—dijo Juan—; son unos perezosos de marca.

—No decía eso precisamente, pero ahí está.

Entró el cura embozado hasta los ojos y un sacristán de cabello largo, rasurado y muy meneador.

—¡Jesús!—dijo—Hemos venido muy de prisa, muy de prisa, y me está sudando el pecho.

—Este es un maricón—dijo «Juan Gallinazo»—; estoy por arrimarle una paliza.

La señora hizo muchos cumplidos al cura, que puso muy mal talante cuando vió a los amigos de «Hambre-viva».

Desenvolvió unos papeles, los puso sobre una mesa y comenzó el interrogatorio.

—¿Quién es el presunto esposo y marido?

—Yo soy todo eso.

—¿Y cómo se llama usted?

—«Hambre-viva»—dijo «Juan Gallinazo».

—Caballero, no le pregunto a usted, sino al señor; ése será su apodo de tropa.

—Me llamo Sóstenes Chorrera.

—Sí—dijo Manuel—; su madre era Chorro y su padre Chorrera.

— Y sus hijos serán chorritos—agregó Pedro.
 — Caballero—dijo el cura—, yo no vengo a bromas; éste es un acto muy serio de la Iglesia católica.
 — Convenido; no hay que enojarse, señor cura.
 — ¿Tiene usted padre?
 — No, señor, desgraciadamente.
 — ¿Y madre?
 — Esa sí no la ha tenido nunca—dijo «Juan Gallinazo». El cura se dirigió a la señora.
 — ¿Su nombre?
 — Rufina Viruleta.
 — ¡Vaya un apellido!—dijo Pedro.
 — ¿Cuántos años?
 — Veintisiete.
 — No le falte usted a la autoridad eclesiástica.
 — Póngale usted cuarenta y siete, señor cura—dijo «Juan Gallinazo».
 Doña Rufina dió un salto.
 — Transemos—dijo el cura—, cuarenta.
 Firmaron los testigos, y a invitación de los novios, pasaron al comedor, que estaba espléndidamente decorado.

IV

El fraile estaba furioso, porque creía que doña Rufina lo iba a dejar todo a la Iglesia, y ahora «Hambre-viva» se lo iba a devorar todo.
 Sentáronse a la mesa.
 El cura comenzó a hablar de política para fastidiar a los amigos de «Hambre-viva».
 — Ya sabrán ustedes que el gran Miramón va sobre Veracruz.
 — Pues allí se achiquita, porque la plaza es intomable—dijo «Juan Gallinazo».
 — No va mal la reacción, y sabrán ustedes que Olivera derrotó a Vega en la Mesa de Conquista.
 — Sí, pero la Villa del Valle fué ocupada por nuestras tropas.
 — Es verdad; pero en Tetla derrotamos a la fuerza de Manzanares, que quedó muerto en el combate.
 — Sí, pero también el general Ampudia tomó Zacapoaxtla, núcleo de la reacción—dijo Manuel.
 — Es cierto—contestó el cura—; pero el gobernador de Guanajuato derrotó a los bandidos en el cerro de Jerez.
 — Pero no olvide usted que Hiniestra, Pinzón y Régules, tomaron León, y se habilitaron.
 — Ya, ya—dijo el cura—, pero el valiente Vicario, en Ate-nango del Río, escarmentó a los liberales.
 — Esos liberales, como usted los llama—dijo «Juan Ga-

llinazo»—, han despedazado a Joaquín Miramón y han ocupado a Aguascalientes.
 — No acabamos—dijo el cura.
 — Sí acabaremos—dijo Manuel—; ya ocupamos Catorce, Río Verde y Matchuala.
 — Bien, bien.
 — Y tenga usted presente que Pueblita ha entrado a Guanajuato y se ha llevado sesenta mil pesos.
 — Esa es la historia de los robos, como el de nuestra Santa Catedral.
 — Y estuvo bueno—gritó «Juan Gallinazo», sorbiendo sendas copas de vino.
 — Esto se va a poner malo—pensó el cura.
 — Señor—dijo el sacristán—, vámonos; me siento mal; estos herejes me marean.
 — Sí; ahora me voy a llevar a usted al cuartel—dijo Pedro.
 — ¡Jesús! ¡Jesús!—dijo el sacristán con voz de flauta— No, eso no; si me dan un fusil, me enfermo de la cadera.
 — Con un banco de palos se arregla todo.
 — Que no me gusta, que no me gusta—dijo el sacristán, poniéndose el dedo en el carrillo.
 — Me parece, señor cura, que ese sacristán es gallo-gallina.
 — No, no—contestó el sacristán—; gallina por completo; gallina por todos los alones.
 — Sí, señor—dijo el cura—; es un hombre que me hace falta; arregla perfectamente la sacristía, y no consentiré en que sea soldado, si no es de la religión.
 — ¡Pues nada más éste falta, para redondear la obra!—gritó «Juan Gallinazo», ya completamente ebrio.
 — Sí, señor—dijo el sacristán—; ¡viva la religión y viva Nuestra Señora del Pueblito!... Ahora, mátenme, sacrifiquenme.
 «Juan Gallinazo» le aventó con un vaso lleno de Jerez.
 — ¡Me ha suicidado! ¡Me ha suicidado!—gritaba el maricón.
 — Esto no es casamiento—dijo el cura—; esto es un ataque de guerrilleros. Señora, si usted se quiere casar, vaya usted al curato o al infierno; porque aquí estamos entre herejes.
 — Están alegres—dijo la señora.
 — Pues si se ponen más, le rompen a usted la vajilla en mi cabeza.
 — No lo crea usted, señor cura; son personas decentes.
 — ¿Pues qué tal serán los indecentes? Me marchó. ¡Pobre país, si va a caer en manos de esta gente!
 — Sí, sí, vámonos—gritaba el sacristán—; esto para en violación con fractura y escalamiento.
 — Al fin se marcharon—dijo Manuel.
 — Ya puedo entrar—dijo «Hambre-viva»—, ya terminó el peligro.

— Sí, esposo mío, siéntate aquí.
 — Nosotros nos marchamos. Ustedes tendrán qué hacer.
 La vieja se sonrió coquetamente.
 «Hambre-viva» dió un suspiro prolongado y vió tiernamente a sus amigos.
 — ¡Se estrelló!—dijo «Juan Gallinazo»; y se marchó con sus amigos.
 A pocos días, «Hambre-viva» ya era capitalista.

V

En la casa del general Huerta, gobernador del Estado, se verificaba una interesante conferencia.

El ilustre general Santos Degollado y el valiente y pundonoroso general José Justo Alvarez, traían una comisión del Gobierno de Veracruz.

Después de un momento de silencio y meditación, el general Huerta dijo:

— Es necesario obedecer, es una combinación para salvar el próximo ataque a la plaza de Veracruz.

— Yo no vacilo—dijo Degollado—; mi vida está a disposición de la patria.

— Procuraremos salvar al ejército hasta donde sea posible—agregó el general Alvarez.

— El señor Juárez—dijo Huerta—comprende que con tres mil hombres no puede atacarse la capital, por más que esté desguarnecida, por haberse sacado las mejores fuerzas para la toma de Veracruz.

— Pero se trata—dijo Degollado—solamente de amagarla para que levanten el sitio; porque más les importa México, que es el centro del Gobierno, que el mismo Puerto.

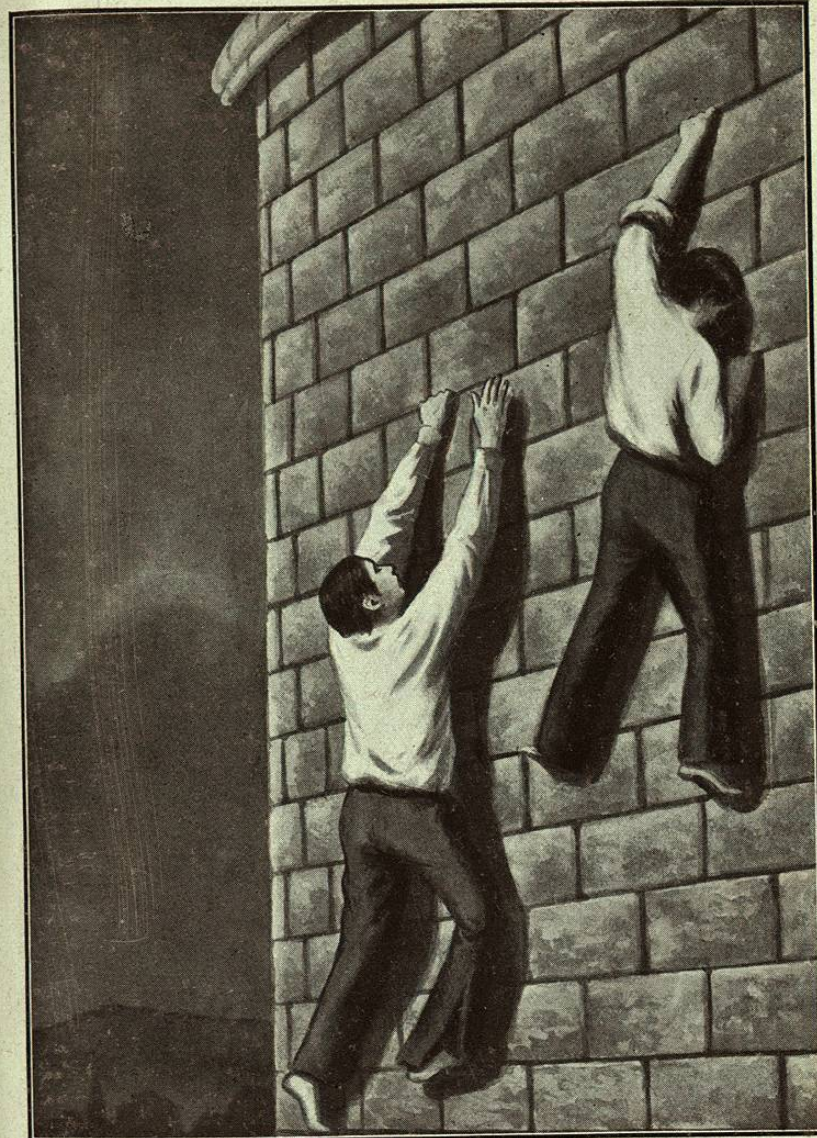
— Lo que yo preveo—dijo Huerta—, es que van a acumular todas las fuerzas cercanas, que son muchas, y pueden dar una batalla que probablemente la perdemos.

— No se haga usted ilusiones, señor general—dijo con entereza Degollado—; la orden es de que me sacrifique y sacrifique a esta parte del ejército, para salvar a Veracruz, y yo estoy dispuesto; pero no quiero que mañana se arroje sobre mí la culpa de una derrota.

— Sería una injusticia, y todos protestaríamos.

— Conste, pues, señor gobernador, que marchó sin elementos ningunos ni para un sitio, ni para una batalla; que voy a merced del enemigo, sin más que el valor indomable de mis soldados, y sólo anhelo que mañana diga la historia: «Se sacrificó a sabiendas, sin cejar ante el peligro que le amenazaba.»

— Muy bien, señor general; es usted un gran patriota, y un verdadero soldado; va usted a derramar su sangre; va usted a desafiar a la muerte, pero cumplirá con un deber sagrado para la República.



Imposible es describir cómo fué aquel escalamiento peligrosísimo.

(Pág. 312)

— Si yo faltase a este movimiento estratégico y fuera culpable de la toma de Veracruz, me levantara el cráneo de un pistoletazo.

— Señor general Degollado, pocos hombres tienen la resolución de usted.

— Gracias, señor gobernador—dijo Degollado, recobrando su serenidad—. Puede usted decir al señor Juárez que estaré en mi puesto.

— Estoy a las órdenes de usted, señor general—dijo el general Alvarez, que era el mayor general de la división.

— Todo lo fío a la pericia de usted, señor Alvarez; nunca como ahora apelo a sus conocimientos.

— Voy a escribir mi plan de operaciones, y pasado mañana estaremos en marcha.

— Yo prestaré todos mis elementos—dijo Huerta—, todos; ya sabe usted mi empeño por nuestra causa.

Aquellos hombres quedarían eternamente en la historia.

VI

Al día siguiente desfiló el pequeño ejército, compuesto de tres mil hombres, con su correspondiente artillería, y se dirigió a Guanajuato y Querétaro, para cubrir su retaguardia.

Las dos capitales cayeron en poder de los liberales.

El 14 de marzo salió Degollado, rumbo a la capital.

El general Callejo venía en marcha para México y fué alcanzado en Calamanda, donde hubo una batalla sangrienta.

Las fuerzas de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas se desbandaron, y la división quedó reducida a «mil quinientos hombres».

La lucha fué terrible; los jefes, con pistola en mano, entraban en el combate.

El parque de rifles y artillería casi se consumió.

La división al mando del general Arteaga fué la de todas las maniobras y quedó despedazada.

Pero aquella sangre no fué estéril: el enemigo fué derrotado.

En la noche, de los restos que se retiraban a toda prisa, se desbandó el 3.º de infantería, que sostenía la retirada.

En confusión y desorden y abandonando a sus heridos, regando sus armas por el camino y en el mayor desconcierto, con precipitada fuga, tomaron rumbo a México y entraron en cuadro a la capital, seguidos de cerca por las caballerías de vanguardia del ejército constitucionalista.

VII

En medio de aquel combate espantoso, de aquella confusión sangrienta, de aquel torbellino de hombres, caballos,

cañones, de muertos y agonizantes, los amigos se buscaban y apenas podían distinguirse entre el humo de la batalla y los remolinos del polvo.

Un casco hizo astillas el brazo de Carlos, que cayó al rudo golpe de la metralla.

«Juan Gallinazo» y Manuel lo sentaron junto a una ladera del camino; pero allí azotaban las balas: estaban dentro del radio del combate.

Juan se arrancó la camisa, y como pudo, vendó el brazo despedazado, para contener la sangre.

— Me muero—murmuró Carlos.

— ¡No te mueres!—gritó Manuel—Esto no es nada.

Con la cabeza inclinada, los cabellos chorreando sudor y cubierto de sangre, aquel hombre se reclinaba en el pecho de Manuel.

Junto al herido estaba un perro acribillado a balazos y traspasado por las bayonetas.

Aquel perro entraba en los combates, se arrojaba furioso sobre el enemigo, derribaba a los soldados y los degollaba a mordidas.

En el regimiento, lo habían ascendido; ya era capitán.

Aquel día le tocó perder, y fué muerto sobre el campo.

— ¡Ya van de huida esos malditos!—gritó Juan, viendo por la indicación de las nubes de polvo, la retirada del enemigo.

— Pero van a decir que hemos tenido miedo, si no nos ven en nuestras filas—dijo Juan.

— Tienes razón—contestó Manuel.

Pasaban unos jornaleros que, llevados por la curiosidad, habían estado escondidos tras las milpas, viendo la batalla.

— ¡Aquí, muchachos!—dijo Juan.

Los peones se detuvieron.

— Muchachos, vamos a ver cómo se llevan a este oficial herido, allí, a la Hacienda de Horcado, donde está nuestra ambulancia.

Un indio tendió su zarape; acostaron a Carlos con sumo cuidado y lo trasladaron al hospital de sangre.

— Ya nos veremos—dijo Manuel al despedirse—; no te abandonaremos; cuando te sientas mejor, porque tú te has de aliviar, hazte conducir a Morelia y busca a «Hambre-viva», que allí tendrás todo.

Carlos, con las lágrimas en los ojos, vió alejarse a sus amigos.

— Nunca ha estado el negocio más serio—decía Juan—; mi general Arteaga mató a un dragón que le seguía de cerca.

— Yo nada me explico—decía Manuel—; ha sido un vértigo, una pesadilla espantosa; nada más veía que los relámpagos de la artillería y de los fusiles; me azoraba aquel estruendo como nunca había oído; nos hacíamos fuego a quema ropa; ¡no sé cómo hemos salido!

— Pero ya «chinampearon»—dijo «Juan Gallinazo»—. Ahora sobre México.

— ¡Y con qué?—preguntó Manuel.

Juan se quedó callado.

— ¡Tú crees que con este ejército destrozado vamos a tomar la capital o a resistir otro ataque con fuerzas de refresco?

— Es verdad; aunque el ejército reaccionario está en Veracruz, la guarnición tiene más de tres mil hombres; ya es superior a nuestro número.

— Sí; pero esperamos la división del Sur con don Diego Alvarez, a Caamaño, Casales, Carabajal, Torres y otros para hacer un ejército de once mil hombres, y entonces es el triunfo seguro.

— Ya debían estar cerca, y el general Degollado no tiene noticia.

— Deben reunirse en el Valle de México.

— Vamos a jugar una partida muy arriesgada.

— Mucho—dijo Manuel—; me parece que todo esto está mal pensado.

— Te equivocas—dijo «Juan Gallinazo»—; tú no has comprendido el movimiento; se nos trae aquí para llamar la atención a los mochos, y levantar el sitio de Veracruz.

— Perfectamente; entonces estamos de acuerdo.

— Hablemos claro: hemos venido a sacrificarnos.

— Obedezcamos al destino.

Llegó un ranchero, y entregó una carta a Manuel.

— ¡Demonio! Es de «Hambre-viva»; está inquieto por el resultado de la batalla, y nos envía... ¡doscientos duros!

— ¡Oh, corazón magnánimo y gigantesco y extrajudicial!—exclamó «Juan Gallinazo».

— Le guardaremos su parte a Carlos y a ese diablo de Pedro, que se nos ha barajado.

— Hace cuarenta horas que no lo veo.

— Allí viene ese condenado.

Pedro estrechó a sus amigos.

— ¿De dónde vienes?

— He caminado toda la noche—dijo el fronterizo—, porque no quise separarme de Carlos hasta ver qué suerte corría.

— ¿Y qué pasa?—preguntaron con interés sus amigos.

— Lo que ya estaba indicado: la amputación.

— ¡Demonio!

— Le desarticularon el brazo; aquello fué espantoso.

— Cuéntanos.

— Figúrense que la operación no podía esquivarse; el brazo estaba astillado de arriba abajo.

— Así me lo figuré—dijo Manuel.

— Pues bien; Carlos se enteró de lo que le iba a pasar, y con una sangre fría teutónica encendió su puro, se sentó, y

sin hacer aspavientos, y sin decir una palabra, pero mascando el puro, sufrió todo con una entereza que abismaba.

—¡Pobre Carlos!

—¡Diablo de alemán!—exclamó «Juan Gallinazo»—Tiene los pantalones en su lugar.

—Ya lo he dejado tranquilo, y muy encargado.

—¡Bien por ti, diablo de fronterizo!

—No vale la pena; lo que me asustó, o, más bien, me impresionó, fué pasar otra vez por aquel campo.

Montones de muertos, devorándolos los lobos, que han venido al olor de la sangre.

Los pobres heridos dando de gritos...

—¿Y la ambulancia?

—Recogiéndolos con cuidado, allí, de entre los caballos muertos y las cureñas despedzadas.

—La batalla ha sido espantosa.

—Y tanto—dijo Pedro—, que me parece que no la podemos repetir.

—De eso hablábamos.

—Es muy difícil, vencedores, pero hechos pedazos.

—Este don Santos es terrible.

—Es capaz de resollar después de muerto.

—Lo que siento—dijo Juan—, es que ya se está acabando el racimo.

—Para eso estamos—dijo Manuel.

VIII

El general Santos Degollado llegó, con su pequeña división, frente a México, el 24 de marzo de 1859.

El movimiento ordenado por el ministro de la Guerra en Veracruz, dió un resultado matemático.

Miramón, que había salido de la capital entre las aclamaciones de los conservadores y de los frailes, que había pasado en triunfo por los pueblos y ciudades del tránsito como el vencedor, seguro de su victoria llegó frente a Veracruz, que ya lo esperaba con el arma al brazo.

Desplegó un grande aparato, hizo movimientos estratégicos al aire, ordenó el ataque sobre Alvarado, simultáneo con el de la plaza, disparó los cañones, revolvió sus caballos, movió sus infanterías como en un simulacro, y todo fué un espectáculo de fuegos pirotécnicos, que concluyó con una vergonzosa retirada, siendo el general que llevaba todas las esperanzas de la reacción, el primer prófugo del ejército de Oriente.

El Gobierno de los Estados Unidos reconoció al Gobierno del señor Juárez como la legitimidad constitucional de la República.

CAPITULO XVII

EN VISPERAS DE UNA BATALLA

I

La capital estaba revuelta, temiendo el ejército liberal a las puertas de la ciudad.

Todos los derrotados de Calamanda llegaban en grupos a México, y el Gobierno hacía venir las guarniciones de los pueblos comarcanos, acumulando cuantos elementos podía para resistir un ataque próximo.

Logró reunir más de ocho mil hombres con todos sus elementos de guerra.

El general Degollado no tenía más que dos mil ochocientos hombres y una escasa artillería; era verdaderamente temerario aquel movimiento, que en el secreto realizaba un plan estratégico: que se levantara el sitio de Veracruz.

El pensamiento estaba realizado; el ejército reaccionario abandonaba sus operaciones y, ya en derrota, volvía a la capital, después del fracaso.

Pero esto no se sabía, pues si el general Degollado hubiera tenido noticia; en el acto hubiera emprendido la retirada.

Tan escasa guarnición no pudo evitar la entrada de fuerzas a la capital, ni que el enemigo se repusiera.

Aquellos hombres firmes sobre el peligro, y resueltos a morir, tenían una estoicidad heroica.

Allí estaba Manuel Romero Rubio, con su eterna sonrisa; ¡con cuánta ternura lo recordamos!...

Los espías de la plaza, se enteraron del número insignificante de los sitiadores, de sus escasos recursos, y el Gobierno reaccionario, ya seguro de una victoria, dispuso todas sus fuerzas, y se decidió después de tantos días de expectación y de ansiedad, a salir al campo y librar un combate con todas las certezas del triunfo, sin saber que aquel puñado de hombres había ganado una gran batalla en el campo de la estrategia.

II

Pedro, el fronterizo, estaba escribiendo allá en su alojamiento, cuando vió entrar a Manuel, pálido y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Manuel?—preguntó con inquietud el fronterizo.

—¡Nada!—gritó el estudiante. Se arrojó sobre una silla, y clavando la cabeza en la cubierta de la mesa, comenzó a sollozar como un desesperado.